

EPISTOLARIOS Coinciden en librerías cuatro volúmenes de correspondencia, de Joyce, John le Carré, Szymborska y Roald Dahl. Sus cartas nos acercan tanto a la persona como al artista

Querido / querida

/ El cariño, el afecto y el amor recorren las cartas de la poeta polaca con el escritor Kornel Filipowicz

James Joyce
La perfección de mi arte. Cartas escogidas
Traducción de Carlos Manzano. Selección de Richard Ellmann. Navona. 634 páginas. 39 euros

John le Carré
Un espía privado. Las cartas de John le Carré / Un espía privado. Les cartes de John le Carré
Traducción de Ramón Buena-ventura / Núria Parés. Edición de Tim Cornwell. Planeta/Ediciones 62. 712 páginas. 23,90 euros

Wisława Szymborska y Kornel Filipowicz
Escribe si vendrás. Correspondencia (1967-1985)
Traducción de Teresa Benítez, Katarzyna Moloniewicz y Abel Murcia. Las Afueras. 446 páginas. 29,95 euros

Roald Dahl
Te quiere, Boy. Cartas a mamá
Traducción de Mariana Sánchez y Edgardo Scott. Edición de Donald Sturrock. Gatopardo Ediciones. 388 páginas. 24,90 euros



KIM MANRESA / ARCHIVO

Wisława Szymborska

ANTONIO LOZANO

Cuatro epistolarios de cuatro titanes de las letras. Tan variados como las obras respectivas, pero todos ellos mapas por episodios biográficos y mimbres del temperamento que llevan indefectiblemente al corpus literario. La cercanía y la fragilidad, el desahogo y la confesión que propiciaba un canal de comunicación tan obsoleto –“escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas”, apuntó Franz Kafka– hacen de ellos una suerte de cuadernos de códigos para acceder a la persona en la antesala del artista.

Lo sabe todo aquel que haya indagado un poco en la figura de James Joyce: su talento estaba a la altura de su ego y de su espíritu iconoclasta, lo que se traducía en un estado de desvalimiento y frustración constante porque el mundo no le reconocía los méritos o no era capaz de descifrarlo. *La perfección de mi arte*, una voluminosa selección de cartas enviadas a lo largo de seis décadas desde numerosos puntos del globo, está marcado por los apuros –físicos, a resultas de la mala salud, y económicos, ante la dificultad para despertar interés por su trabajo– y la necesidad de aferrarse a una estética propia, tan compleja y a contracorriente, que lo condenaba a ser un planeta extraño. Joyce envía reseñas periodísticas a críticos potenciales, maquina planes para enriquecerse –importación de paños de la

/ El mayor clásico de la literatura de espionaje nos habla de su antigua profesión, pero elude soltar cualquier bomba

na irlandesa a Trieste, apertura de un cine en Dublín...–, solicita ayuda a Yeats para conseguir editor para “mi desgraciado libro, *Dublineses*”... pero también vela con celo obsesivo por la exactitud y rigor de sus textos –en una carta, por ejemplo, pregunta si es posible descolgarse por una barandilla de una calle concreta y en otra disertada con Dámaso Alonso sobre pormenores de su traducción de *Retrato del artista adolescente*–.

Reacio, como de costumbre, a dar claves interpretativas sobre su trabajo, una misiva a su tía Josephine de 1922 suena a advertencia para el grueso de sus lectores: “Dices que hay muchas cosas en él que no entiendes. Te dije que leyeras primero la *Odisea*. Como no lo has hecho, pedí a mi editor que te enviara un artículo que te lo aclarará. Después cómprate enseguida *Las aventuras de Ulises* (que es una historia de Homero muy abreviada y contada en inglés sencillo) (...) Después vuelve a probar con *Ulises*”.

Por descontado, también asoma en el

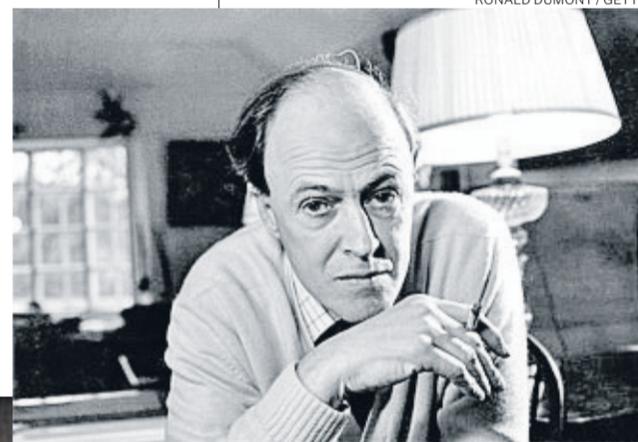
libro el Joyce procaz, satiriático y escatológico. “Me gustaría que me dieras una bofetada o que me azotases incluso. No es broma, querida, sino en serio y en la carne desnuda (...) ¿Estás ofendida por las cosas horribles y desvergonzadas que te he escrito, querida? Espero que algunas de las cosas sucias que te escribí te hicieran sonrojar”, le confiesa a su esposa Nora en 1909.

Un espía discreto

Si el vacío en la correspondencia del autor de *Finnegan’s wake* son las exégesis a su obra, en la de John le Carré –insiste mucho en que la ele debe ir en minúscula– vendría a ser la revelación de secretos ligados a sus años en los servicios de Inteligencia del MI5 y MI6. *Noblesse oblige*. Esto no quita que en *Un espía privado*, el mayor clásico que ha dado la literatura de espionaje no nos hable profusamente de su antigua profesión, pero elude soltar cualquier bomba. No importa. Aquel al que se bautizó como David Cornwell fue un entusiasta facturador de cartas, siempre manuscritas, como sus novelas, y uno de sus hijos ha realizado una ingente labor de busca y captura por bibliotecas, archivos, editores, agentes, familia y amigos para compactar una amplia muestra con interlocutores de toda condición.

/ Dahl muestra su talento natural para convertir cualquier anécdota en un prodigio

PICTURE ALLIANCE / GETTY



RONALD DUMONT / GETTY

Roald Dahl

te dos almas gemelas habrá quedado plasmada de forma tan flagrante pero también tan divertida. Dibujos, collages, recortes de periódico... acostumbran a salpicar unos mensajes donde la aflicción por la distancia y la rutina se combaten con bromas, ironía e imaginación. El corazón se abre y se busca la sonrisa ajena en las mismas líneas, como cuando en una misiva enviada desde Cracovia en 1970 la premio Nobel polaca combina un “te quiero” y un “no me habría decidido a unir mi vida a ninguna otra persona” con referencias a piojos, insectos y el método ideal para escamar tencas. Capítulo aparte merecen las piezas en las que juegan a ser una condesa y el apoderado y administrador de sus bienes, o ella se dirige a él en calidad de viuda que admira sus novelas románticas, “en especial de *Un romance de provincias*, obra que leo y releo en voz alta a mi parapléjica prima”.

No menos encanto rezuma *Te quiere, Boy*, una selección comentada de las cartas que Roald Dahl envió a su madre, Sofie Magdalene, desde que tenía nueve años y que se prolongaron hasta casi entrado en la cincuentena. Los desconocedores de las aventuras y tragedias que jalonaron su vida probablemente se asombren. Escritor tardío, igual de interesante es asistir a su talento natural para convertir cualquier anécdota en un prodigio de sugerencia y dar con símiles hilarantes –con trece años asegura que el canto de un vecino se parece mucho al ruido que hace “la rótula de una mosca con problemas de riñón y lumbago al frotarse contra un ranúnculo furibundo”–, al tiempo que episodios como la fabricación de trampas para ratones, la irrupción de una serpiente en una piscina o la cena con una ricachona beoda y apegada a un diamante maldito nos transportan sin escalas a su futuro universo literario. /



John le Carré



BETTMANN ARCHIVE

James Joyce

/ Como era de esperar, en las cartas de Joyce el talento estaba a la altura de su ego y de su espíritu iconoclasta